

Instrucciones para abrir la puerta

a Elena Tamargo

I

Una puerta cerrada

es como una palabra que se atasca

en las tonalidades

de rigurosos hexámetros griegos.

Y tantos ejemplares

ofrendados a las brasas

bajo las alas del poniente.

Pero la puerta sigue cerrada

la terca cerradura

se transforma

y la llave se atasca

en los latidos de un reloj que sangra.

Sin embargo hay que abrir la puerta,

dejar atrás el miedo de encontrar el pasado

en un rincón nefasto,

en un vagar tan suyo.

II

En su vértigo siguen

las horas más allá de los proverbios

y la mitología.

Qué pasó allí que sólo hay penumbra,

por qué culpar al diablo deliberadamente

y no a los que crucifican

nombres tras la tinta de sus dioses.

Y las dagas de Caín

clavándose en la carne que se pudre

en los fastos del alma,

o en los sepulcros del destino.

El caserón marchito,

sediento entre la sombra y la elegía,

infestado de espectros,

de libros que teólogos negaran,

de San Luís Beltrán ensimismado

en un rincón del cuarto baldío de mi madre,

rezando una plegaria por la casa que espera su sentencia.

Tal vez una migaja

de ese pan que se quema en el infierno

o simplemente nada.

Ya sólo queda la inmundicia,

el punto gris del sol,

donde la paz es agria,

donde la continuidad

de los astros

se borra en la penumbra,

mientras el tiempo

se madura, cae y se recicla

entre los muebles,

sobre la nuca de la ausencia.

Por eso hay que abrir la puerta

para que entre, otra vez, la luz.

Jesús Tinito Díaz